

*Érase una utopía en América. Los orígenes
del pensamiento político norteamericano,*
de José Luis Orozco

Héctor Eduardo Bezares Buenrostro*

El éxito del proyecto nacional de Estados Unidos es mensurable bajo la extensión de sus leyes como las formas mínimas y máximas de organización de la racionalidad global; ya en términos económicos, culturales o estrictamente por cuanto hace a la imitación de su modelo constitucional bajo la forma de asimilaciones particulares: ya sea por el federalismo de la Unión Europea o bien en la pragmatización del Estado autoritario mexicano. También, aunque en un nivel del todo distinto, pero no desligado de aquéllos, al extender sus previsiones sobre el orden y el desorden bajo la forma de amenazas que devienen globales por acción e intervención de su propio universalismo.

Así, que el terrorismo hoy dosifique las imágenes más convenientes a la estabilización y legitimación de los más diversos regímenes políticos a lo largo y ancho de todo el mundo, no debiera extrañarnos y sí arrojar el modelo para la comprensión de las implicaciones políticas de las leyes y prácticas militares dispuestas como sus extensiones naturales.

De ese modo, pensar las formas y los matices que adquiere la hegemonía de Estados Unidos en las condiciones actuales de creciente conflictividad interestatal, captar sus giros beligerantes, los desconcertantes quiebres hacia la derecha más reaccionaria y la aparente facilidad con la que, en periodos de cuatro años, se reposiciona en el centro del discurso político, es una tarea que se antoja complicada, a no ser que terminemos por caracterizar el ejercicio de dominio estadounidense como expresión del capricho y la inconsistencia doctrinal de sus élites.

Esa caracterización, sin embargo, obviaría la coherencia hegemónica del sistema de poder estadounidense, ilegible a la luz de sus sistemas doctrinales, pero visible a propósito de los delicados equilibrios republicanos –hoy vueltos

* Licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Actualmente cursa la maestría en Estudios en Relaciones Internacionales en la misma institución.

imperiales— montados en su origen como nación y que, trascendiendo esa circunstancia histórica, han dado lugar a uno de los proyectos de dominación más longevo y exitoso en los términos dispuestos por la moralidad capitalista.

Y es justamente a partir de esa convicción histórica que José Luis Orozco, en su más reciente libro: *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*, inspecciona, organiza y reconstruye para el lector, la compleja trama de sucesos, intercambios epistolares y personalidades que, imbricándose, formularon los principios incommovibles de una práctica política que permanece hasta nuestros días, al tiempo que articulaban los mitos políticos desde los que harían susceptibles de aceptación su peculiar aspiración de dominio.

Veremos entonces desfilan a lo largo de este texto las personalidades polares —sólo en apariencia— de Thomas Jefferson y Alexander Hamilton, escoltadas, confrontadas y contrapunteadas por las no menos dominantes de Benjamín Franklin, Gouverneur Morris, John Adams, James Madison, John Jay, George Washington, así como un largo etcétera de personajes, quienes de propia voz darán cuenta de las limitaciones, necesidades, demandas y aspiraciones de una pujante y brillante generación de hombres, caracterizable sin dificultades como maquiavélica. Aquí se hace indispensable la referencia al texto ya clásico de John Greville Agard Pocock, *El momento maquiavélico*, porque, en dos sentidos convergentes, Orozco participa de la misma especie de este texto.

El primero de ellos, a saber, la erudición como herramienta indispensable para dar cuenta de la genealogía intelectual que determina el curso de una historia, la de Estados Unidos, que es hoy historia universal (y que consten como evidencia de ello los devastadores efectos mundiales de una crisis financiera originada en su centro económico, al tiempo que la extensión de sus presupuestos doctrinales y, por no decir menos, las secuelas ambientales de su modelo de industrialización), y que en ese sentido nos traslada a las fuentes de una racionalidad política que, cuestionamientos mediante, mantiene a pesar de todo una vitalidad impresionante.

El segundo sentido, sin duda, refiere a la descripción del momento maquiavélico de los Padres Fundadores. Es así que en el texto se traza la compleja trayectoria de las respuestas que alumbran una constitución política que —hoy conocemos el grado de efectividad de la misma— intentaba dar cuenta del problema de la transformación y declive del orden y el tiempo políticos en la específica circunstancia de las Trece Colonias.

El problema, de este modo, es el viejo galimatías que comprende el modo más adecuado de conservar y perpetuar una república en el contexto de una realidad espacial y temporal por definición limitada. Y aquí cesan las

comparaciones con aquella obra, porque la magnitud de la empresa de José Luis Orozco es otra muy distinta, así como el temple y circunstancias de quienes tienen que responder a esos cuestionamientos. La república de los Padres Fundadores es atravesada por dilemas históricos inéditos, y con todo y que la recurrencia al arsenal de los clásicos grecolatinos es nota común de quienes tienen que dar resolución a los entuertos de las Trece Colonias, las respuestas entrañarán un alto grado de novedad e ingenio tal que habrán de constituir, como fue sugerido líneas arriba, un modelo de organización política hartamente imitado.

La exploración de los orígenes intelectuales de Estados Unidos, por parte de Orozco, se encuentra en el límite de una trayectoria académica empeñada en desmontar, uno a uno, los mecanismos que, articulados entre sí, han dado carácter a esa forma de organización política. La especificidad de este libro reside en la vuelta plena hacia el principio material del origen; así, si ya en otros esfuerzos y a propósito de libros y ensayos diversos sobre distintos personajes, como el caso de Benjamin Franklin y Alexander Hamilton, había tratado ya sobre el momento maquiavélico de los Padres Fundadores, en este caso, sin embargo, se vuelca de plano a la disección del tema de los principios políticos estadounidenses, a través de una amplia radiografía de los protagonistas de aquella empresa.

La premisa metodológica del texto, articulada como paráfrasis psicoanalítica, es que la infancia del "... proyecto nacional que, en los días que corren, se rearticula en los giros más avanzados y agresivos, si se puede, del poder y la riqueza en sus modalidades de seguridad y hegemonía"¹ es destino. En consecuencia, sin menoscabo de las variaciones de la historia en que se inserta este destino, de los giros inesperados del tiempo y de la impredecibilidad del futuro, es posible deducir de los rasgos fundacionales de la república pragmática, las estructuras que delimitan su comportamiento contemporáneo.

No se trata, sin embargo, de clausurar la complejidad vital del tema desde la óptica de un historicismo ramplón; antes bien el objetivo es aproximarse a la verdad, sin la tosquedad de las bogas intelectuales que asignan estatutos ideológicos a fenómenos inclasificables desde las categorizaciones intelectuales que dividen al mundo desde la perspectiva de la ilustración europeo-continental.

La vuelta a los orígenes es además garantía de imparcialidad, en la medida en que son los arquitectos del sistema quienes, desde su peculiar circunstancia

¹ José Luis Orozco, *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*, UNAM/SITESA, México, 2008, p. 12.

histórica, hablan a los ojos del lector contemporáneo, sin mediaciones conceptuales, ajenas al contexto histórico, que alteren el sentido de lo que en verdad quiso ser dicho, por lo que se cree que quisieron decir los Padres Fundadores. Y ésta aserción, como prescripción metodológica fundamental –recurrencia argumental obligada en todos los textos del autor–, es la pauta que organiza los desplazamientos sobre la última década del siglo XVIII estadounidense, década, en más de un sentido, fundacional. *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano* es, pues, una historia de las ideas políticas que devuelta hacia el momento constitucional del Estado estadounidense, reconstruye el contexto intelectual de los constructores del sistema con un objetivo principal: deconstruir los mitos que impiden la conciencia del sentido original de aquel proyecto.

Así que en donde otros mirarán la disposición universal, atemporal y omnicompreensiva del constitucionalismo estadounidense, Orozco, a través de Hamilton –como un atípico demiurgo que atraviesa con su inteligencia el destino de lo que habrán de ser Estados Unidos–, Jefferson, Madison, Franklin o Morris –por sólo citar a algunos de los incontables personajes que desfilan por el teatro de la Revolución de Independencia de Estados Unidos– mostrará la particular disposición provinciana –y no cosmopolita– y localista –y no universal–, de quienes conscientes de su entorno, primigeniamente global, se disponen a proveer de las instituciones políticas elementales a las Trece Colonias a través de un agudo realismo político que, de manera alternativa, instrumentará y desestimará, por impracticables, tanto las certezas de la Ilustración como de las proclamas revolucionarias pronto en boga.

De entre los primeros damnificados de este enfoque, la perspectiva que proyecta desde nuestros días la confluencia atlántica definitiva entre la revolución *par excellence*, la francesa, y la norteamericana, así como la eventual realización de los ideales de la ilustración europea por la última, es quien recibe los más estruendosos y sutiles embates. No en balde el comienzo del libro remite a las admoniciones y referencias al Evangelio de la Montaña de San Mateo, en el año de 1630, por John Winthrop, gobernador corporativo de la Compañía de la Bahía de Massachusetts y arquetípico representante del *pathos* de la autoridad política estadounidense, mezcla de realismo político y mística puritana.

Este comienzo acota el sentido posible del problema del origen intelectual del pensamiento político estadounidense. Para hallarlo, no tendremos que buscar en las glosas “revolucionarias” de Jefferson, plasmadas en la Declaración de Independencia; antes bien, tendremos que ir ahí donde el buen sentido calvinista confluye con la prestancia corporativa y el cálculo de los beneficios económicos de la empresa colonial.

Nada más alejado del espíritu de adscripción universal al racionalismo de la Ilustración que un John Winthrop que lega a la etapa postcolonial la fórmula piadosa de la ciudad sobre una colina” en que “Hallaremos que el Dios de Israel reside entre nosotros”.² De ese modo, para Orozco, la vuelta al origen supone dos propósitos convergentes: desmitificar el pasado para articular una explicación consistente, desde tal desmitificación, del presente.

Así pues, la desmitificación se vuelve sobre nosotros en relación con la arraigada costumbre de celebrar el origen, disuelto entre la pompa oficial y la escritura oficiosa de la historia. De tal modo, la distancia que media entre las convicciones teológicas de Winthrop y el supuesto “nuevo comienzo de la historia universal”, encarnada en la Revolución de Independencia, no es sino la certeza de la íntima conexión entre religiosidad, elitismo y proyecto nacional, alejado por decisión propia de las máximas europeas y de las prescripciones normativas de la Revolución Francesa, lo que hará decir a John Adams que “Muchísimos franceses, siguiendo el ejemplo de muchísimos americanos (*sic*) suspiran por la igualdad de la personas y la propiedad. La impracticabilidad de esto ha sido decretada por el Dios Todopoderoso y los abogados de la libertad que pretendan aplicarla sufrirán sin la menor duda por ello”.³

En ese tono, situar a la Revolución de Independencia en sus coordenadas históricas la aleja del estereotipo de experiencia iniciática de la Ilustración, para insertarse en el curso de la específica racionalidad del capitalismo estadounidense, en que las claves patrimoniales proveen mayores indicios sobre la estructura política de dicha revolución, que el propio proceso intelectual, que arribando desde sus supuestas conexiones ilustradas, ha intentado explicarla.

Lección histórica también, por cuanto hace a la diplomacia desplegada por el patriciado de las Trece Colonias, para llevar a buen puerto su proyecto de independencia y de nación, ya porque trastoque el mito genial del sempiterno aislacionismo estadounidense o bien, porque de cuenta de la influencia del naciente Estado estadounidense en la transformación de la política en política mundial y con ello del inicio del progresivo deterioro del ordenamiento global sostenido sobre los presupuestos del Estado territorial europeo. La conexión entre la guerra y los negocios, de la que dará cuenta Orozco, a través de las misiones diplomáticas de Adams, Franklin y Morris, irá en contra, en última instancia, de los axiomas sobre los que se ha erigido la sustancia material y moral de la revolución. Tal conexión culminará en una de las principales

² *Ibidem*, p. 19.

³ Citado en *ibidem*, p. 157.

máximas políticas estadounidenses absorbida de manera indistinta por demócratas y republicanos, y que en boca de George Washington, primer presidente de Estados Unidos, tendrá el carácter de una amarga profecía que definirá, sin duda, el significado político de los acontecimientos más recientes y en los que se encuentra involucrado Estados Unidos: “Estar preparados para la guerra es uno de los medios más eficaces para preservar la paz”.⁴

Nada más alejado de la realidad que la consideración que hace de la Revolución de Independencia, y la constitución que a ella le siguió, el paradigma de concreción del espíritu ilustrado, pues cuanto más penetramos en el texto nos percatamos que el proceder intelectual y práctico de los Padres Fundadores se conforma de acuerdo a la conciencia de una paridad relativa con Gran Bretaña –la paráfrasis washingtoniana del imperativo romano, por ende, imperial y expansivo, así lo atestigua. Veremos, pues, cómo el espíritu se aleja de la revolución y el mero cálculo de las ventajas financieras y políticas de la separación, son las que orientan la elección por la independencia. Motivación incuestionable a nuestros ojos, pero salpicada de una impureza inexplicable para la escolástica oficial que, a toda costa, ha tratado de conectarlo y situarlo como el fin del proceso progresivo de mejoramiento espiritual de la humanidad.

Deslastrada de los canales tradicionales de comprensión de este evento, la lectura nos guiará, en poco más de 300 páginas, por las líneas patrimoniales, empresariales y elitistas que dieron vida a Estados Unidos y que, a contrapelo de la épica revolucionara, proveyeron de fuerza al empeño por constituir un Estado dispuesto para la conservación de lo existente antes que para el salto al vacío de la transformación radical de la sociedad. Y ese es, sin lugar a dudas, uno de los atributos esenciales de este libro: su infatigable búsqueda por desnudar y exponer los orígenes del proyecto nacional estadounidense, que en sus vertientes militares contemporáneas exponen sin cortapisas la continuidad exacerbada de los presupuestos engarzados a la gestación de una independencia que, a diferencia de otras tantas que la esgrimirán como modelo, será del todo exitosa.

José Luis Orozco, *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*, UNAM/SITESA, México, 2008, 348 pp.

⁴ Citado en *ibidem*, p. 63.